LA FIESTA DE LAS FALLAS

LAS FALLAS ES LA FIESTA EMBLEMÁTICA DE LOS VALENCIANOS Y CONSTITUYE LA EXPRESIÓN DEL ALMA COLECTIVA DEL PUEBLO VALENCIANO, DE SU ALMA DE FUEGO Y CENIZA QUE RENACE

JOSEP PIERA ESCRITOR

© RAFA GIL

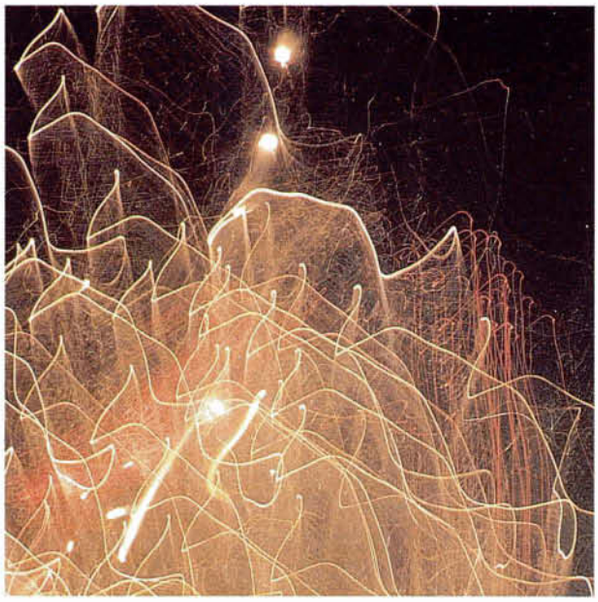
Valencia, como tantas otras ciudades del Mediterráneo, tiene una historia abigarrada y confusa, producto de las muchas y variadas colonizaciones que han contribuido a configurar su fisonomía urbana a lo largo de los siglos. De sus orígenes –la Valentia romana– apenas si quedan, sin embargo, unos pocos y enterrados restos arqueológicos, así como los de sus civilizados esplendores islámicos –la Madina-al-Turab rodeada de jardines– han sobrevivido sólo unos baños y la memoria lírica de algunos poetas magníficos.

La Valencia de hoy, por lo tanto, heredera de la tradición cultural cristiana, ha quedado básicamente configurada a partir de su pasado gótico y renacentista -el siglo XIV es el gran momento de Valencia– y una coreografía barroca que ha cubierto, y destruido en parte, acabando por impregnar no sólo su aspecto urbano sino también su carácter y sus costumbres populares.

Como ocurre, por ejemplo, con las Fallas. Las Fallas, fiesta emblemática de los valencianos que se celebra alrededor del 19 de marzo, día de San José. Las Fallas, la expresión -dicen– del alma colectiva del pueblo valenciano, de su alma satírica, grotesca, desvergonzada, risueña, estridente... y olvidadiza, apasionada, de fuego y ceniza que renace, como el mito del Ave Fénix.

¿Qué son las Fallas? Actualmente las Fallas son unos efímeros monumentos de cartón, de configuración barroca muy ingenua y bastante grosera, con muñecos y versos de un suave satírico, que se plantan en las calles y plazas valencianas para ser quemados la noche de San José, acompañados por fuegos de artificio y por los entusiastas gritos de la gente, cuando los ve caer a tierra entre las llamas.

La historia de las Fallas, sin embargo, es antigua y entrañable. Etimológica-



© RAFA GIL

mente, la palabra valenciana *falla* proviene del latín *facula* que significa antorcha, y se encuentra documentada tanto en el *Vocabulista in arabico*, glosario árabe-latín compuesto por Ramon Martí a instancias del rey Jaime I, como en la propia *Crónica* de este rey, conquistador de la ciudad en 1238. Fallas eran denominadas, también, unas hogueras o almenaras que se encendían en ciertos puntos de la ciudad para servir de guía a los marineros hasta el siglo XVIII.

La antropología y los eruditos locales hacen derivar las actuales fallas valencianas de los fuegos que se encendían durante las Saturnales, las fiestas paganas de Saturno que solían celebrarse en los cambios de estación. Pero en su característica actual, el origen de las Fallas está en el gremio de carpinteros, en el siglo XIII, aunque otros estudiosos opinan que su verdadero origen –un montón de maderos, muebles viejos, productos de las carpinterías, que se quemaban la noche de San José como señal de la finalización del trabajo nocturno– no puede ser anterior al siglo XVI, ya que sólo en 1497 los carpinteros toman por patrón a dicho santo.

Pero, sea cual sea el origen real de esta fiesta del fuego –nacimiento de la primavera, la celebración de las largas jornadas de luz, el gozo ante el buen tiempo– tal como hoy las contemplamos, las Fallas son una divertida costumbre del siglo XIX, con versos y muñecos ("*ninots*") burlescos que satirizaban al vecindario, de nacimiento popular y anónimo. Sólo en 1855, Bernat i Baldoví, curioso personaje y poeta satírico, escribió el primer libreto, convirtiendo estos monumentos escultóricos en monumentos, además, literarios. A partir de aquellos años, pues, las Fallas valencianas adquieren su nueva condición emblemática, mítica, de fuerte arraigo popular hasta convertirse, a lo largo del siglo XX, en lo que ahora son: una manifestación artística que expresa el inconsciente colectivo de los valencianos, con todo lo que tiene de apoteosis del instante, de efímero goce de las cosas, del aspecto absurdo de la vida –un año de esfuerzo social, económico, artístico que arde, convirtiéndose en cenizas en una sola noche– y de su magnífico y sempiterno renacer de las cenizas, como el Ave Fénix.

Como la primavera florece cada año haciendo olvidar, en una mañana de sol, el largo invierno de un gris frío, los falleros –la gente popular que se preocupa, en cada barrio, de gestionar la creación de las Fallas– renuevan cada marzo su ilusión de vivir.

Las Fallas son, por lo tanto, un símbolo, un símbolo festivo que crece, cambia, evoluciona, como crece, cambia y evoluciona el carácter popular de los valencianos. De ahí su eficacia, su entrañable y absurda belleza colorista, mediterránea, definitoria de las contradicciones de un pueblo que pasa, en un instante, de lo sublime a lo grotesco. De un pueblo que ve cómo estallan los cohetes en un cielo de estrellas mientras el tiempo se apaga en un montón de inútiles cenizas, en un abrir y cerrar de ojos.

Hermosa emoción de una noche. De una noche que, al menos, siendo fugaz acabará siendo eterna, gracias a la constante repetición de la costumbre, gracias a la tradición de un pueblo. De un pueblo vitalista, estridente, muñequero. De un pueblo que sabe frivolizar el drama y amar la efímera alegría de vivir. El pueblo valenciano que, como el Ave Fénix, renace cada año de sus cenizas con la fiesta de las Fallas. ■